

JOSE CHOCOMELI (a)

La primera exploración palafítica en España

El estudio del Neolítico no dispone, de ordinario, como el del Paleolítico, de esa preciosa documentación que consta en la estratigrafía de las cavernas. La dispersión y destrucción de los vestigios de la época de la piedra pulimentada, sobre la superficie de las tierras laborables, es tan inmensa, a causa de su misma situación a flor de suelo, que los hallazgos sepulcrales, dotados ritualmente; los primeros pasos de la arquitectura dolménica; la hipotética cronología de las pinturas esquemáticas atribuidas al arte neolítico, y la incierta sucesión de posibles ocupaciones en los cabezos fortificados y en las cuevas funerarias o habitadas, apenas pueden ser base de una visión parcial generalizada de la actividad ascendente de aquella humanidad que llegó a alcanzar un fundamental grado de evolución bajo el influjo y las penetraciones de no bien definidas corrientes culturales. Los matices de su fuerza transformadora, no siempre simultáneamente operante sobre los núcleos supervivientes de los períodos postpaleolíticos, que acabaron por extinguirse o adquirieron una rezagada adaptación a las nuevas influencias, han dado ocasión de señalar agrupamientos o círculos geográficos que introducen mayores complicaciones en el panorama arqueológico de los tiempos en que se inicia la agricultura, la ganadería y el uso de la cerámica.

Ante la complejidad de las industrias neolíticas y la insuficiencia de testimonios estratigráficos, se comprende que todos los ensayos teóricos generales que han pretendido determinar las fases de aque-

(a) Próxima a salir de la imprenta esta publicación, nos sorprende la noticia del fallecimiento de D. José Chocomeli. Sin tiempo para más, la Dirección del S. I. P. quiere rendirle aquí, en su propio trabajo, que no viera publicado, la expresión fervorosa del dolor de cuantos integran el Servicio, por la pérdida de compañero tan inteligente, entusiasta y bueno. Descanse en paz.

lla época (1), no merezcan el prestigio y la divulgación suficiente para ser adoptados. Algunos intentos con caracteres y denominaciones locales, otros como los de la Escuela alemana fijando la cronología por una exagerada correlación entre las evoluciones cerámicas y las hipotéticas migraciones de los pueblos, o bien como los de ciertos sectores de la ciencia francesa fundándose en las modalidades tipológicas con frecuencia sujetas a circunstancias variables, prueban que hasta ahora los resultados conseguidos no han logrado presentar una solución satisfactoria a juicio de la opinión general de los prehistoriadores. Si se exceptúa la interpretación del Neolítico nórdico debida a Montelius, la inexistencia actual de una clasificación acorde para las restantes zonas de Europa, justifica todavía la prudente reserva de Dechelette, motivada en la inconsistencia de las alternativas conclusiones puestas de moda.

Sin embargo, gracias al feliz descubrimiento y exploración de los palafitos neolíticos suizos, a partir de 1853, y al estudio de las estaciones análogas en diversos países, pero especialmente en un área circumalpina, va resultando posible, tras una meticulosa revisión, muy avanzada ya antes de la guerra mundial, establecer una apreciación ordenada basándose en la certeza de las capas arqueológicas intactas en determinados yacimientos lacustres, que pueden ofrecer un cuadro bastante completo del desarrollo neolítico, por más que haya de suponerse que los pobladores de los lagos habían ya superado una fase anterior en la que acrisolaron los rasgos genuinos de su cultura característica.

Con estos antecedentes, innecesario parece señalar la excepcional importancia que, para el conocimiento pleno del Neolítico peninsular y el de las relaciones europeas de la época, ofrecía el posible hallazgo de estaciones palafíticas en territorio español.

Alguna referencia o indicio de su existencia en nuestro país he logrado encontrar en la vieja literatura castellana, y sin detenerme en los curiosos ecos de extraños hallazgos ya registrados en el siglo XVI por el inquieto Pedro de Merxia, en su *Sylva de varia lección*, que son seguramente el primer atisbo de los descubrimientos palafíticos, recordaré la aparición de antiguos restos de navíos en la laguna de la Sierra de Estrella, cercana a la villa de Seya, que atestigua Estrada, hacia mediados del siglo XVIII, en su *Población general de España* (2).

(1) Sabido es que ésta tomó nombre, durante mucho tiempo, del Palafito de «Robenhausen», en el antiguo lago de Pfaeffikon (Suiza), en consecuencia de la clasificación general de la Edad de Piedra hecha por G. de Mortillet.

(2) Juan Antonio de Estrada, «op. cit.», m., 1748, t. III, pág. 410.

La investigación arqueológica ha pasado muy por alto este objetivo y salvo algunas imaginarias localizaciones de palafitos, dispersas en publicaciones sueltas, no ha sido abordada directamente la prospección sobre el terreno, aunque sí en un ensayo literario, que toma el tema por rótulo, debido al erudito polaco E. Frankowski, y en el cual, después de emplear centenares de páginas en divagaciones etnológicas y folklóricas, se llega a la desconsoladora conclusión de la ausencia de palafitos en España (1).

Señala este autor algunas representaciones gráficas de palafitos, a mi juicio muy dudosas, en el arte rupestre español. Más positiva parece la nota contenida en una obra de Suetonio (2), acerca de las hachas de piedra extraídas del fondo de uno de los lagos cantábricos que, según la creencia popular, han sido consideradas, desde los tiempos históricos, como producto del rayo, atribuyéndoles poderes mágicos o divinos.

En esta noticia clásica se ha basado, probablemente, la hipótesis expuesta por eminentes prehistoriadores modernos, que supone han existido palafitos en las rías cantábricas, aunque hasta el presente ninguna exploración positiva ha venido a demostrarlo. Otros dan como seguro que los hubo en la parte de Bilbao próxima al Arenal. Villaamil (3), en su famosa memoria sobre las antigüedades gallegas, cita curiosas noticias sobre una antigua población lacustre en la laguna de Santa Cristina, de la cual afirma no haber visto ni el más insignificante vestigio, si bien aduce el testimonio del Ldo. Molina de Málaga, quien en su *Descripción del Reino de Galicia*, impresa en Mondoñedo en 1550, asegura que en épocas de sequía, al retirarse las aguas de aquel lago, «en aquello que queda como tremedales, se hallan cosas de hierro labradas y piedras cortadas, y ladrillos, y olavos y ollas, y otras cosas de esta calidad, que demuestran claro haber habido allí edificios y población». Un siglo después, el P. Gándara y luego Bohan confirman, de vista, esos hallazgos, entre los que abundan las tejas y los hierros, que indudablemente indican edificaciones pertenecientes a tiempos evidentemente históricos. Hallazgos de análogo carácter fueron señalados por Vilanova en la laguna de Carregal, en Antela o Limia, y cerca de Betanzos en los parajes llamados Corregadoyro y Juncal.

Estaba lejos de mi ánimo la búsqueda deliberada de estaciones

(1) E. Frankowski, «Hórreos y palafitos en la Península Ibérica», m., 1918.

(2) «Duodecim Caesares». Galba, I, VII c. VIII.

(3) José Villaamil y Castro, «Antigüedades prehistóricas y celtiberas de Galicia», cap. III.

lacustres, cuando en el otoño de 1933, después de recorrer sistemáticamente las cercanías de Anna y Chella localizando toda clase de yacimientos arqueológicos que era posible encontrar, inicié la exploración del término de Navarrés, a continuación de aquéllas, en la Canal del mismo nombre (1), fijando la atención, al propio tiempo, en los manantiales del regadío cuyo caudal venía a nutrir eventualmente las aguas que dotan una heredad familiar situada en la hoya occidental del Montót, sierra que separa la Canal de la cuenca del Júcar. Mis primeras excursiones después de visitar la partida de Gorga y el despoblado árabe de la Alcudiola, contiguo al pueblo, ya citado por Cavanilles, se dirigieron a la *Marjal de Navarrés*, de gran fama en aquella contornada y de la que también se ocupa aquel erudito naturalista señalando en ella las especies vegetales de carácter lacustre, que designa con los nombres de «ofris espiral», «mosquera», las «orquides militar, conopsea y de hojas anchas», los juncos «sapero y articulado», los ranúnculos «malvado, bulboso y acre», muchos tréboles, gramas y llantenes, enneas y carrizos.

Según consta por la descripción y datos expuestos por Cavanilles (2), la laboriosidad de aquellos vecinos había logrado, por entonces, a fines del siglo XVIII, reducir en gran proporción el terreno pantanoso, encauzando las fuentes que abocaban en él, transportando el agua de éstas a las partidas de Gorga y Llano, a través de una reciente mina de 2.600 palmos de longitud, que perfora una montaña terrera, y todavía se utiliza para su objeto, y robando, en fin, a la marjal, predios incultos para dedicarlos a productivas plantaciones.

Sin embargo, este primer paso inicial de roturación no fué por entonces, ni muchos años después, más allá de los bordes de la laguna, que en realidad había sido la marjal en cuestión. Las desviaciones de los manantiales que aflúan a aquel recipiente, se habían hecho por medio de acequias de tierra, fácilmente permeables, cuyas filtraciones, unidas al encharcamiento acumulado en aquella conca-

(1) La Canal de Navarrés es un amplio y fértil valle, situado al NE. del término de Enguera, que se extiende de N. a S. hasta enlazar con la llanura de Játiva a través de la estrecha hoya de la Caneta. En el orden mencionado se encuentran en ella las poblaciones de Navarrés, Bolbaite, Chella y Anna. Una carretera provincial, que empalma con la de Valencia a Almansa, une estos pueblos y se prolonga hasta Quesa y Bicorp, más arriba de Navarrés. Este se halla situado a 250 m. de altitud sobre el nivel del mar. Por las vertientes orientales de la Canal discurren los ríos Escalona y Sellent, que atraviesan la barrera orográfica que por ese lado limita y separa esta prolongada hoya, de la cuenca del Júcar, presentando como núcleos principales los montes de Tous y Sumacárcel.

(2) Antonio Josef Cavanilles, «Observaciones», etc., t. II, pág. 30.

vidad por las lluvias invernales, mantenían el estado cenagoso permanente que le caracterizó hasta los primeros años de la Revolución roja, durante la cual, por graciosos recursos, fueron transformadas aquellas rezumantes conducciones en impermeables canales de cemento. Antes de esto, únicamente en años de sequía se llegaba a una desecación apreciable del fondo de la marjal, según se desprende de una carta fechada en Abril de 1828, que tengo a la vista, refiriendo la dificultad de encontrar sanguijuelas allí, a pesar de «la abundancia que siempre ha habido en la marchal de Navarrés», salvo en tiempos de sequía (1).

La estructura y la coloración misma del terreno muestran la extensión que alcanzó esta antigua laguna (2), cuya cuenca se abre paralelamente a la carretera que conduce a Navarrés, en la parte meridional de sus inmediaciones, a no más de dos kilómetros de la población, desde frente al Hm. 5 del Km. 10 hasta el Hm. 8 del Km. 11, por frente a los Partidores, que son las esclusas donde se reparte el agua de las acequias a que luego se alude. Así, pues, el diámetro mayor de la superficie lacustre viene a tener unos 1.300 m., y el menor, de E. a O., unos 700 m. Sus playas alcanzarían al S. el olivar de Cotó; al N. llegarían al nivel de los Partidores; las lomas del Pedregal al O., y el declive que corta la carretera por el E. marcarían sus límites complementarios, aparte una manga en forma de embudo que penetra hacia O., poniéndola en comunicación con los nacimientos de agua que allí muy cerca radican y que, como ya expuse, dejaron de alimentar, hace tiempo, el lago, discurriendo ahora por sus orillas firmemente encauzados en sólidas acequias de mampostería.

De éstas, la de la fuente del Pescado, una de las más caudalosas que descendían siguiendo las vaguadas que mueren en la cuenca lacustre procedentes del O., pasa hoy a escasos metros del borde septentrional del palafito y vierte sus aguas, junto con las que recibe de las escurriduras de la acequia del Común, en la mina o paso subterráneo artificial antes mencionado, que las traslada a las partidas de Hoya, Gorga, Llano, Erigalet y Cueva Cacha. La acequia del Común conduce reunida el agua de las fuentes de los Pastores, de la

(1) Carta de D. Josef Sanz, de Anna, a D. Pedro Gómez Polop. Apoderado general del Conde de Cervellón en Valencia. Las sanguijuelas estaban destinadas a montar un, sin duda, curioso dispositivo «para saber el tiempo que ha de hazer», según expresa el remitente.

(2) Respecto a esta laguna de Navarrés, se instruyó expediente de insalubridad en 1913, lo cual atestigua su estado.

fuelle Negra y de la fuente Loca, por un nivel más alto que el de la anterior, y circunda por el N. el perímetro del extinguido lago, al cual acudían, viniendo a regar, su brazo principal, las tierras más bajas que el marjal, desde junto al pueblo hasta el río Escalona mismo, subdividiéndose en dos brazos. El llamado acequia Madre suministra el riego hacia el camino de Bolbaite, a las partidas de Refación, la Pedrera, el Rincón, el Canto Blanco, Alto Redondo, del Barcal y Casica Arocas. Por el otro, llamado del Lugar, se sirven las partidas del Palanquet, Huerta de la Iglesia, Huerta España, Alcudiola, Huerta del Molino, del Azud, Los Ríos y La Insa. En resumen, el caudal de las cuatro fuentes que en tiempo remoto alimentaron la laguna que hoy conocemos con el nombre de «Marjal de Navarrés» era tan importante, que en la actualidad abastece el riego de más de 4.500 hanegadas equivalentes, por cálculo aproximado, a unas 400 hectáreas.

Se deduce de todo esto, que la laguna debía tener en tiempos prehistóricos una extensión y una permanencia poco variables, si bien su profundidad no debió ser nunca muy grande. La pesca no es dudoso que haya sido allí siempre abundante dada la calidad de las aguas y según se colige de las especies que observó Cavanilles que se crían en los propios manantiales, sobre todo el barbo y otra variedad conocida ya en el siglo XVIII, entre los naturales del país, con el nombre de *madrilla*.

En mi primera visita a aquellos alrededores, vine a localizar una estación romana y otra ibérica contigua, ésta con excepcional cerámica, en la loma que da límite O. al pantano y a la manga de las fuentes, lugar conocido por El Pedregal. Allí supe que apenas a 50 metros de distancia, en una pequeña elevación que no superaba en más de un metro el fondo lacustre, formando una especie de islote de terreno cultivado, cuya separación de la ribera más próxima, la septentrional del lago, debió ser de unos 15 a 20 m., aunque al presente era menor, se hallaban con frecuencia abundantes osamentas y piedras de rayo (lám. I, A). (1)

En verdad, grata e inesperada fué para mí la comprobación de estos vestigios, que pude recoger en gran número entre las removi-

(1) La acequia, que trae el agua de la fuente del Pescao, va pegada a las huertas levantadas, por aportaciones artificiales, en la costa Norte de la marjal. Construida con materiales impermeables, ha suprimido el carácter pantanoso de las tierras más bajas, concretamente de la copa de la laguna antigua. Obsérvese la corta distancia que media entre esta orilla, aunque modificada, y la «Ereta» o palañito, cuyo borde se ve a la izquierda. (Aparece el comienzo de la trinchera abierta al iniciar las excavaciones en 1942).

das tierras de aquel lugar, al cual se había dado el expresivo nombre de «La Ereta del Pedregal», sugerido sin duda por su configuración. Aumenté mis primeras observaciones con las noticias que fuí recogiendo de cada uno de los propietarios de las distintas parcelas que formaban el conjunto, de los cuales recibí toda clase de facilidades y aun interesantes donativos de piezas que habían llamado su atención al laborear el terreno, con todo lo cual tuve a mi disposición un lote de datos y de materiales que evidenciaban la importancia del descubrimiento. Mi impresión inicial de creerme en presencia de una estación palafítica fué reforzándose todavía más en sucesivas exploraciones.

El isióte en cuestión hubo de tener una forma ligeramente cónica con un gran rellano en su centro y suaves y breves declives periféricos. Se extendía con su dimensión mayor de N. a S., lo cual parece lógico que respondiese a evitar el mayor borde asequible enfrente de la costa por el lado más cercano al poblado lacustre. La extensión que cubrió éste debió ser al menos de una hectárea, cuya proyección sobre el fondo, o sea el área fértil en vestigios, el vertedero arqueológico donde pudo formarse el *fumier lacustre*, parece tener una forma ovalada, constituyendo el amontonamiento que me hizo suponer había dado lugar a la formación de La Ereta (lámina I, B). (1)

Supe por los propietarios más viejos de aquellas tierras, que, años atrás, habían estado plantadas de viña, cuando pertenecían a un solo dueño, apareciendo ahora parcelada la finca entre cuatro labradores, a los que habían llegado a pertenecer porciones de diferentes tamaños en virtud de diversas transmisiones hereditarias. La parte más intacta de la Ereta, era aún la ocupada por una plantación de chopos en lo que pudiéramos llamar cumbre y planicie de la pequeña eminencia. Venía a medir una sexta parte de ésta. Por su lado E. limitaba con otra parcela cuyas tierras habían sido rebajadas y extendidas hacia el lado oriental para aumentar la superficie del campo y colocarle a un nivel de posible irrigación que se proyectaba tomar de la acequia del Pescao. Por el lado O. de la chopada se iniciaron, por aquel entonces, trabajos que perseguían un fin análogo. La otra mitad de la Ereta que lindaba con los citados bancales por su lado

(1) A pesar de los azarbes que recogían las filtraciones del aguazal en las proximidades de los terrenos roturados, la marjal de Navarrés era, antes de 1936, un extenso humedal donde crecían espesas y altas plantas lacustres. Hoy la más completa desecación y el pastoreo la han convertido en un asequible prado como puede verse en la figura indicada.

meridional pertenecía a un solo propietario, que ya había realizado un extenso movimiento de tierras transportando en todas direcciones, hacia los bordes de la finca, las de la parte más alta y central, produciendo con ello una reiterada mezcolanza con la trailla al proceder al allanamiento que le permitía ya entonces efectuar el riego valiéndose de una noria de canjilones, instalada junto a una barraca de maderos y paja. Las numerosas piedras que surgían en aquellos trabajos y gran número de conglomerados que aprisionaban restos óseos, fragmentos de cerámica e instrumentos líticos, sirvieron para montar las calzadas que contienen la tierra desplazada y ribetean la finca.

Expuestas ya las circunstancias de este descubrimiento y sus pormenores topográficos, procede ahora que entremos en el detalle de los hallazgos superficiales y de los cortes estratigráficos percibidos en las primeras calicatas efectuadas por mí en 1934. Pero antes quisiera insertar un curioso antecedente literario que a mi juicio, y a pesar del trueque de nombre, se refiere, casi seguramente, a esta misma estación arqueológica, y que por ello arroja alguna luz sobre su estado anterior. Buscando encontrar alguna alusión a estos vestigios, hube de hojear, a raíz de mi prospección, las obras de carácter regional que se ocupan de la geología y topografía histórica del país valenciano. Ya he registrado las escasas noticias que trae Cavanilles. En cambio, Vilanova anota en su *Geología y Protohistoria ibéricas*, publicada en colaboración con D. Juan de la Rada y Delgado, una singular información que transcribo para mejor conocimiento del lector.

«Don Francisco Polop de Bolbaite, en aquella provincia de Valencia, posee varias (hachas) de su pueblo, de Navarrés y de Quesa; siendo interesante la estación palustre por aquél descubierta en *Bolbaite mismo*, a no larga distancia de la villa y en condiciones especiales que importa conocer. Ocupa aquella especie de «*terramare*» como una fanega de tierra, en un lugar pantanoso y de turbera, hallándose la estación a 1'50 m. sobre el nivel del suelo y formada de tierra blanca arcillosa que contrasta con el color oscuro de la turba. Allí recogió el Sr. Polop seis hachas de diorita medianas y una mayor; dos fragmentos de martillo de ídem; dos percutores; una piedra amoiadora con una ranura en el centro, preparada para el pulimento de las hachas; varios cuchillos y fragmentos de pedernal; algunas flechas de ídem; cascos de sílex de tamaño y colores varios; algunas conchas marinas y muchos melanopsis Dufouri; punzones de huesos; mandíbulas de ciervo y caballo, muchos huesos de ma-

míferos; astas de ciervo, colmillos de jabalí; cantos rodados y cerámica tosca» (1).

El Sr. Polop era un rico hacendado y agricultor culto, que había fijado su residencia cerca de sus fincas en Bolbaite, en los últimos lustros de su vida. Allí poseía una marjal o prado que era el más extremo coto de arrozal de la provincia. A pesar de que tengo noticia de que existen restos arqueológicos en el Prado en cuestión, y de que Vilanova sitúa la estación palustre en Bolbaite, me inclino a creer que se trata en realidad de la ya citada de la Ereta del Pedregal en los marjales de Navarrés, tampoco demasiado lejanos de Bolbaite.

Pero no sólo se ocupa Vilanova y Piera, en estas páginas, del referido yacimiento, sino que, en otro de sus libros o artículos (2) cuya nota he extraviado con las peripecias de nuestra guerra, vuelve sobre el tema relatando sus observaciones con motivo de una visita que hizo a aquel lugar guiado por el Sr. Polop. Si no me engaña la memoria, sitúa asimismo aquel paraje en la marjal de Bolbaite, lo cual sigo creyendo que respondía a una preferencia localista de su viejo acompañante. Lamento no poder reproducir aquí datos de interés geológico, que sin duda daba a conocer el ilustre prehistoriador en aquella publicación, pero sí recuerdo que su relato dice que al llegar al montículo se encontraron con el dueño de la tierra, que estaba allí roturándola, y tan enojoso recibimiento les hizo, que no les permitió poner los pies en ella, habiendo de conformarse con ver, desde el borde del campo, cómo salían, al cavar, innumerables testimonios prehistóricos, entre ellos *alguna hacha de cobre o bronce*. Inútil añadir los comentarios que el sabio investigador dedica a tan rústico proceder.

* * *

Como consecuencia de mis prospecciones en Navarrés, procedí a tramitar la correspondiente denuncia de la Ereta del Pedregal, a beneficio del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excm. Diputación Provincial de Valencia. Concedida aquélla por la Junta Superior de Excavaciones, el Servicio me encomendó la realización de algunas calicatas que permitiesen completar las características del yacimiento, y que se llevaron a efecto en 24 de Octubre de 1934.

(1) Op. cit. pág. 493.

(2) Probablemente en alguno publicado por el Boletín de la Sociedad Geográfica o en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, cuyas colecciones no me es fácil revisar ahora.

La caiccata número 1, de forma rectangular, cuya localización aparece en el gráfico adjunto (fig. 1.^a) con indicación de las dimen-

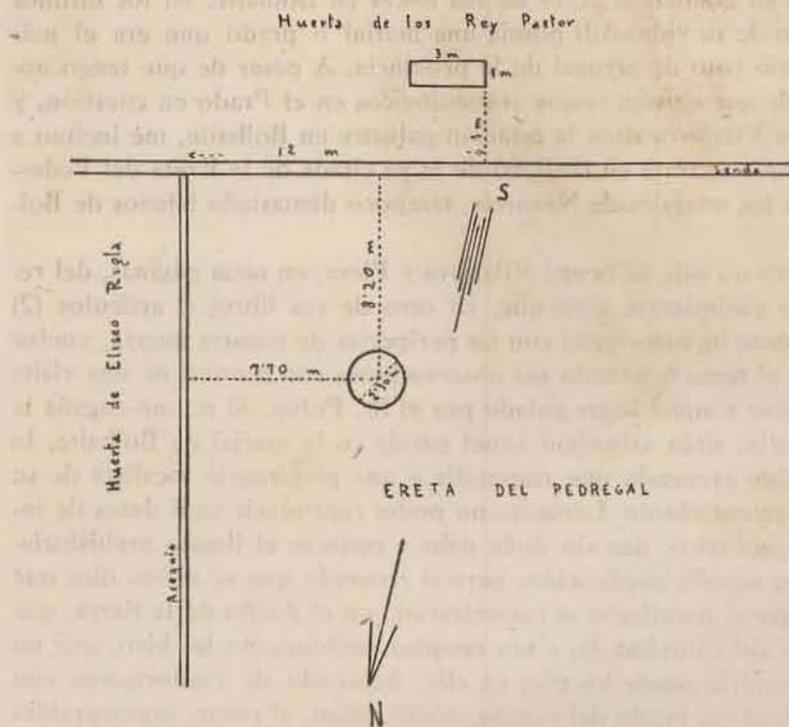


Figura 1.^a

siones, se abrió en la parcela de Salvador Rey. He aquí el desarrollo de la misma, tal como se registró entonces a la vista de los trabajos de excavación:

Hasta 0,35 m. de profundidad, espesa capa superficial de tierra laborable muy revuelta y mezclada, cuyos fósiles habían sido recogidos por el dueño del terreno y en mis precedentes rebuscas.

A 0,35 m., una punta de flecha lanceolada; 0,50 m., punzón de hueso y otro más recio de punta aguzada.

A 1 m., un molino oval de mano y otro circular; capa cenizosa con carbones; cuchillo grueso de sílex. En todos estos cortes, fragmentos de cerámica sin decorar y de hueso.

A 1,10 m., punzón delgado de hueso (ya no hay ceniza); un rae-dor de pedernal; un punzón ancho de hueso; espátula perforada en un extremo.

A 1,15 m., capa de tierra blancuzca-amarillenta con fragmentos de carbón disperso, huesos y pedernales atípicos (lám. II) (1).

A 1,50 m. cesa la tierra amarilla y aparece un estrato turboso en el que se encuentran muchos grandes fragmentos de cerámica típicamente neolítica, algún hueso y una curiosa capa de jacintos de compostela, muy pequeños, como sembrados en la superficie de contacto de los dos estratos. A partir de esta profundidad hay una compacta masa de turba, bajo de la cual surge el agua.

Es de observar que al menos hasta un metro de profundidad la tierra ha sido superpuesta y no ciertamente en un nivel uniforme, habiendo de suponerse también que la superficie que sirvió de base a las aportaciones aludidas había sufrido antes las consiguientes remociones por el cultivo agrícola propio de secano. El singular detalle de la aparición de los jacintos, que tanto abundan en los cercanos terrenos de yeso triásico de Anna y Chella, no deja de tener interés para los geólogos, ya que durante mucho tiempo no han encontrado éstos fácil explicación ante las cristalizaciones del cuarzo en semejante caso y en otros análogos, de no admitir que son producto de acciones químicas por vía húmeda, más bien que resultado de una alta temperatura como en principio se creyó exagerando la teoría plutónica.

Más firmes son las observaciones estratigráficas recogidas en la calicata número 2, abierta en forma circular en el campo, aún entonces plantado de chopos, propiedad de Vicente Tarancón, en la que se trató de buscar el punto más céntrico posible de la estación, aunque para ello los cálculos carecían de elementos exactos. Su diámetro fué de 2,30 m.

(1) Explicación de la lám. II:

A. 1. Varias azuelas de tipo repetido en diversos períodos; la hachita del extremo derecho es asimilable al Neolítico antiguo; las flechas de aletas iniciales, a uno y otro lado de la central, son de la fase media; la del centro, del Neolítico reciente.

2. Estas puntas de flecha son de la fase eneolítica, salvo la pieza esbozada de la derecha.

3. La lámina de sílex a la derecha pertenece probablemente al Neolítico antiguo; la de la izquierda (hoz?) parece del Neolítico reciente.

B. Piezas varias en piedras nobles (cuarcitas, principalmente, y sílex).

C. Diversos punzones, formones y otras piezas en hueso, correspondientes a diversos períodos neolíticos. En (1), el que aparece en el centro fué hecho quizás de una navaja o colmillo de jabalí, y pertenece al Neolítico antiguo. En (2), también en el centro, se reproduce una delgada lámina de madera de cuerno, perfectamente trabajada y adelgazada, con orificio lateral: ha debido ser labrado en tiempos eneolíticos.

La capa de tierra amarillenta, de unos 0,20 m. de espesor, aparece a partir de los 0,35 m. del nivel superficial.

A los 0,40 m. se advierte un conglomerado hermético de tierra amarilla, huesos, utensilios líticos, pedazos de cerámica, cantos rodados y quizá restos vegetales que se señalan por manchas negruzcas. Al salir al exterior, esta toba acentúa su constitución caliza, endureciéndose extraordinariamente. Algunas grandes piedras sueltas se encuentran encima.

A los 0,60 m. se halla una hachita oblonga jaspeada.

A los 1,10 m. otra también de forma ensanchada, de diorita, y una cánula de asta de ciervo.

A los 1,20, un trozo de molino de mano.

A 1,35, otra tanda de piedras grandes, en forma de losas.

El agua asoma a 1,45 m. de profundidad. Los fragmentos de cerámica que se extraen en esta calicata son generalmente más bastos y algunos van unidos a trozos de carbón. A esta profundidad aparece otra delgada capa tobácea, estéril, de unos 4 cms. de espesor.

Entre los 1,45 y 1,55 m. se ha encontrado una flecha de aletas iniciales horizontales, magnífico ejemplar; un punzón corto y una espátula de lengüeta, ambos en madera de asta de ciervo. Bajo del agua también se señalan fragmentos de hueso y de cerámica.

A 0,19 m. por bajo de ese nivel del agua se presenta la turba.

* * *

Otras observaciones he de añadir fundadas en la apreciación directa o en referencias fidedignas. En los diversos cortes del terreno, éste presentaba un color oscuro y su estructura, en algunos puntos, el aspecto pastoso y fino del cieno o limo. Notábanse en la masa de tierra los arrastres de grandes avenidas o inundaciones, de las que es el más destacado ejemplo la capa amarillenta que he descrito, en la que, al igual que en otras zonas, se advertían vetas o penetraciones arenosas de distinta coloración.

Si la vida de este despoblado lacustre alcanzó los tiempos del metal, como se desprende, aparte otros antecedentes, de ciertas formas eneolíticas del sílex tabrado, no aparecieron en mis calicatas indicios directos, si bien el testimonio de Vilanova, que más arriba he transcrito, fué confirmado por el propietario de la mayor parcela de la Ereta, Salvador Rey y por sus familiares, que tuvieron la amabilidad de regalarme, en una de mis primeras visitas a Navarrés, dos hachas planas de cobre de tipo primitivo cuyo corte comienza ya a ensancharse. Una de ellas, que se reproduce aquí (lám. I, C), fué

donada por mí al Museo de Prehistoria del Servicio y la otra se exhibirá, en su día, en las vitrinas del Museo Arqueológico de Játiva, hoy en formación. Como puede deducirse, estos hallazgos superficiales y algunos otros que no ha sido posible recuperar, marcan el punto final de la cronología del yacimiento, que apenas debió alcanzar las primeras fases del bronce, si acaso llegó a ellas.

Los hallazgos superficiales de puntas de flechas de avanzados tipos eneolíticos, fueron muy frecuentes en mis repetidas visitas a aquellos lugares, especialmente en las zonas en que el terreno había sido rebajado o transportado. Las hachas, generalmente de tamaños muy medianos y pequeños, no dejaron de recogerse en buen número, abundando entre ellas las de diorita, dioritina u hornblenda, procedentes de la cercana cantera que existe entre Quesa y Navarrés, junto al río Escalona, que hoy se conoce con el nombre de Cerro Negro y se explota para el adoquinado de carreteras suministrando un material de primera calidad.

No encontré en mis rebuscas otros tipos de cerámica que los corrientes neolítico-eneolíticos de pasta ordinaria gruesa y grisáceo-rojiza y algún fragmento de negra superficie lustrosa y paredes delgadas; ninguno con decoración, y muchos con mamelones laterales o en los bordes del cuello. La abundancia de la brecha huesosa se mostraba en algunos sectores más que en otros, sin duda por haber sido sacada a la superficie en virtud de la plantación o del descuaje de algún árbol o bien del traillado del suelo. La identificación y estudio de ese material óseo no ha podido incluirse en este trabajo.

La roturación y el movimiento de tierra superficial para allanar y formar los nuevos bancales de huerta, dan muy dudosas posibilidades a la observación arqueológica de las capas de cultivo, aun tratándose de la calicata hecha en el ángulo meridional de la chopada, en cuya parcela quizás las alteraciones se habían reducido al hoyado para aquella plantación y posiblemente para otra anterior de viña. Pero a partir del formidable cemento tobáceo descrito, de 20-25 cms. de espesor, que garantiza la estratificación intacta a profundidades por debajo de él, la investigación arqueológica dispone de los más preciados requisitos y seguridades para la deducción científica.

Sin embargo, en la presente ocasión no puede ésta ir más allá de los atisbos iniciales e incompletos que la modesta exploración objeto de estas líneas permite, los cuales, por otra parte, más que ofrecer conclusiones, pretenden poner de manifiesto y dar a conocer las circunstancias y primeros materiales allegados en este desconocido horizonte de la prehistoria española.

El acervo de instrumentos y objetos recogidos en las citadas ca-

licatas y asimismo los que proceden de los hallazgos fortuitos en la superficie, permiten, por su variedad y número, intentar un cotejo con los ísiles palafíticos suizos, que por su carácter típico y por haber sido mejor estudiados, pueden arrojar mayor luz en nuestro caso (1).

En resumen de las propias apreciaciones refrendadas por el juicio del sabio y malogrado prehistoriador Paúl Vouga, a quien se debe la moderna revisión de los yacimientos helvéticos, puedo afirmar que la universalidad típica del neolítico lacustre, se ha visto una vez más confirmada en los materiales aparecidos en la primera estación palafítica explorada en España.

La sistematización del Neolítico de los palafitos debe su principal fundamento a las laboriosas investigaciones de los competentes prehistoriadores suizos, gracias a los cuales ha sido posible abordar este difícil intento con bases racionales y científicas. El Dr. Ischer dió a conocer, en 1919, una cronología tipológica de conjunto dividida en cinco períodos (2), que supone un considerable avance en la cuestión, y que en cierto modo ha sido confirmada por la perspicaz y metódica revisión de Vouga, quien establece una ordenación más documentada y precisa deducida de la estratigrafía de las capas arqueológicas, fundando sus observaciones y cotejos principalmente, aparte de otras muchas estaciones lacustres incompletas, en las de

(1) En el Museo Paleontológico de Valencia se conservan, como donativo de D.^a Joaquina Alpañés, Vda. del Dr. Barberá, y procedentes de la «Estación palustre de Bolbait»: 5 cuchillos de sílex, 7 conchas de moluscos, 9 lascas de sílex, 2 pequeños trozos de cuchillo de pedernal, 1 hacha grande de ofita y 5 pequeñas de la misma roca, 3 piedras esféricas, 1 lasca de cuarcita, varios objetos de cobre, plomo y huesos de varios animales.

(2) Th. Ischer: «Die Chronologie des Neolithikums der Pfahlbauten der Schweiz». Indicateur d'Antiquités suisses, 1919. Los períodos son:

I. Tipo de Burgaschi. Hachas y láminas en pleno desarrollo. Puntas de flecha triangulares. Cerámica de forma arcaica.

II. Tipo de Egozwil. Flechas de pedúnculo. Hachas-martillos triangulares. Cerámica más ornada.

III. Tipo de Gerolfingen. Puntas de flecha con pedúnculo y aletas. Puñal de sílex de retoques finos. Hachas-martillo alargadas. Aparición de las perlas en cobre.

IV. Tipo de Fenil. Puntas de flecha de aletas rectangulares. Numerosas hachas-martillo. Láminas con abundantes y finos retoques. Perlas y utensilios diversos en cobre.

V. Tipo de Roseaux. Decadencia de los instrumentos en piedra y desarrollo de la industria del bronce.

Auvernier, Treytel y Saint Aubin (Port-Conty), de las cuales la primera presenta la totalidad de las fases que integran la clasificación, del mismo modo que, por rara fortuna, ocurre en el mobiliario de la Ereta del Pedregal de Navarrés.

Para Vouga, los objetos comunes a todos los períodos que no pueden servir como fósiles directos o típicos, son esencialmente muchos de los obtenidos de hueso o cuerno (punzones, puñales, alisadores, las hachas-martillo de cuerno, los peines de cardador, etc.) Tampoco las hachas de piedra presentan, a su juicio, características diferenciales de cada fase, pues sus tipos coexisten a lo largo de todos los períodos neolíticos, dependiendo muchas veces su estructura del trozo o bloque utilizado para formarlas o del procedimiento empleado para producirlas. Sin negar que la evolución del hacha pulimentada alcanza, en alguna de sus características geográficas, modalidades propias del Eneolítico, entiendo que lo lento y lo poco generalizado de esos tipos no autoriza a tomarlos como elementos de juicio, según, con indudable acierto, hace Vouga en su clasificación.

Toma éste, como segura guía para trazarla, aquellos objetos que pueden dividirse en dos categorías: En una figuran los elementos comparativos y controlables en todos los yacimientos explorados; otra comprende aquellos que son propios sólo de una cultura o de una fase y tienen, naturalmente, un valor relativo, en tanto nuevos descubrimientos no vengán a desmentir su particularidad.

Los elementos comparativos han sido suministrados por los engastes o enmangamientos de hacha: por la pasta, la forma y la decoración de la cerámica; la naturaleza y, eventualmente, la talla de los instrumentos de sílex.

Como elementos propios deben considerarse algunos adornos y objetos exclusivos de ciertos niveles, que pueden tener, además, un real valor etnográfico.

Por este camino llega Vouga a fijar distintamente cuatro divisiones estratigráficas, a saber: *Neolítico antiguo*, *neolítico medio*, *neolítico reciente* y *eneolítico*. Sin embargo, para este investigador debe considerarse subdividido el neolítico lacustre suizo en dos grandes períodos correspondientes a dos culturas netamente diferenciadas, no obstante que un sinnúmero de objetos y conocimientos les sean enteramente comunes.

El período arcaico está representado en los yacimientos sistemáticamente explorados, que lo alcanzan, por un solo nivel: el del neolítico antiguo. El período que pudiéramos llamar avanzado, abarca tres fases: la del neolítico medio, la del reciente y la del eneolítico. El autor se inclina a creer en la posibilidad de que estas

dos últimas puedan llegar a fundirse en una sola, representativa de la edad del cobre, si ulteriores investigaciones así lo autorizan (1).

He creído conveniente detallar un poco el estado actual de la cronología arqueológica de los palafitos, no sólo para facilitar la comprensión de las apreciaciones contenidas en este trabajo y en otros sucesivos que habrán de salir a luz como consecuencia de las metódicas excavaciones del Servicio en la Ereta de Navarrés, sino porque la confirmación de la identidad de las culturas industriales entre las estaciones lacustres y las estaciones terrestres tiene una importancia definitiva para la clasificación del neolítico en todas las partes.

Con tales antecedentes puede ya juzgarse de la importancia de las confirmaciones y problemas que plantea esta primera exploración del palafito de Navarrés.

Mejor que la más detallada descripción literaria podrán dar idea del mobiliario típico de esta estación, en sus diversas ocupaciones, los grabados fotográficos que acompañan, los cuales se completan con las oportunas indicaciones. Sería una tarea impropia de estas notas iniciales presentar un inventario completo, que necesariamente resultaría de sobra extenso y que parece adecuado reservar para la síntesis definitiva de estos trabajos, que han adquirido gran amplitud sobre el terreno a partir de 1942.

Una incógnita que surgió desde los primeros momentos de la exploración de la Ereta, ha sido cuanto se refiere a la modalidad que tuvo esta construcción prehistórica. Sabido es que a partir de las informaciones del Dr. Keller, que fué quien primero dió a conocer la existencia de los palafitos, éstos han sido definidos bajo dos formas de edificación, que se distinguen con los nombres de «Pfahlbauten» (construcción sobre pilotes) y «Packwerkbauten» (construcción de piedra amontonada). Los palafitos del primer tipo tenían sus plataformas sostenidas exclusivamente por estacas, y se levantaban en los lagos de gran profundidad; los segundos reforzaban sus pilotes con amontonamientos compactos de lodo y piedras trabadas a veces con tongadas de palos o cabríos horizontales y otras perpendiculares, cuando no con maderos que consolidaban el pie de las estacas, constituyendo una especie de campeado, y se encuentran más particularmente en los pequeños lagos, marismas y budiales. Este último tipo se caracteriza precisamente por esos amontonamientos de piedras que han pasado a la terminología arqueológica con la designación

(1) Las principales publicaciones de P. Vouga que tratan este tema, son: «Essai de classification du néolithique lacustre d'après la stratification», 1921; «Classification du Néolithique lacustre suisse» (1929); Idem, «Antiquity», vol. II, núm. 8, 1928.

de «Steinbergers». También en algunos puntos se les da el nombre de «Ténèvieres», cuyo significado responde al de altozano inundado o lugar de escaso fondo de agua (1).

Para algunos autores como Desor, estos amontonamientos respondían al propósito de dar firmeza a los pilotes cuando el fondo rocoso del lago impedía su atascamiento; así esta cimentación de piedras alrededor de los troncos de madera, verticalmente sostenidos, bastaban para mantener el armazón, llegando, a veces, semejantes pedregales, a tener el espesor de uno o dos metros para ser eficaces. G. Goury, por el contrario, no encuentra comprobación suficiente a estas suposiciones, creyendo que tales apoyos de piedra no son, en realidad, sino superficiales e insuficientes. Según F. A. Forel, y también según E. Pittard, los «ténèvieres» vendrían a formarse por los pedruscos utilizados en los poblados lacustres: piedras de hogar, cantos destinados a asegurar la techumbres contra el viento, empedrado de los pisos, etc., todos ellos acumulados en el fondo del agua y no desplazados por las crecidas ni por las olas una vez destruidas las viviendas por el incendio, por hundimiento o por abandono.

No puede negarse, sin embargo, que existieran a modo de diques de piedra destinados a proteger el asentamiento del palafito contra los oleajes y las avenidas, y a veces esos dispositivos quizá no consistían en otra cosa que en un tosco empedrado de pedazos de roca o de gruesas losas sobre la superficie del islote formado por el depósito de cieno y detritus, que entramándose con las ramas, estacas y piedras, vendría a ser una maraña retentora de nuevas tierras arrasadas por las inundaciones y corrientes de la laguna, que contribuían así, con sus aportaciones y sedimentos, a la paulatina elevación del montículo, cuya emergencia resultaba, de ese modo, efecto de un proceso consecuente y natural. Así pudo ocurrir, probablemente, en el caso de la Éreta del Pedregal, respecto a cuyo altozano me han asegurado repetidas veces y de un modo unánime todos los

(1) Se conocen otras formas intermedias de estaciones lacustres, tales como los «crannoges» (stokaded island) de Irlanda y Escocia, especie de islotes artificiales, con cimentación y construcciones de estacas y piedras y piso enmaderado de palos espesos o empedrado, que si bien son de origen neolítico, han subsistido, en muchos casos, como pequeñas fortalezas hasta durante la Edad Media. Algunas estaciones de turberas no aparecen construidas sobre pilotes, descansando sobre el suelo su plataforma, compuesta por un conjunto cerrado de maderos; en cambio, las «erramaras» del Norte de Italia, que afectan siempre la forma de un vasto trapecio, se elevan sobre estacas en tierra firme, aunque bordeadas por amplio foso inundado: su cronología se inicia ya en la pura Edad del Bronce y alcanza con frecuencia la del Hierro.

propietarios viejos y jóvenes de aquellas tierras, que un amplio chapado de no pequeñas piedras cubría una zona circular del mismo y que ellos personalmente las habían ido arrancando de su lugar a medida que roturaban el campo (en algunas partes por fajas alternas), de lo cual dan testimonio las calzadas u hormas que contienen los márgenes de aquellas fincas.

Relacionada con esta cuestión, se produjo una interesante polémica que no ha dado, por cierto, conclusiones definitivas. Primero Reinerth (1) y luego Vouga (2) plantean la interpretación de las capas de fimo lacustre (3), verdaderos estratos arqueológicos separados por capas e interferencias estériles de arenas coloreadas y de limo que aparecen en los emplazamientos de los palafitos neolíticos. Vouga entiende que las capas del fimo lacustre no han podido amontonarse en tal forma si no se hubiesen depositado sobre terreno ya desecado hasta cierto punto, pues, en caso contrario, el movimiento de las aguas hubiese arrastrado lejos los detritus vegetales que constituyen el 90 por 100 de los despojos, quedando sólo los restos de cerámica y del tallado del sílex, hecho que se comprueba en las estaciones del bronce, establecidas en pleno lago; a más, las capas del limo no han podido formarse si no por el arrastre de las aguas, a raíz de una inundación o crecida. De ahí deduce Vouga que los lacustres han plantado sus pilotes, no en el agua mismo, sino en el terreno pantanoso suficientemente blando para asegurar la defensa por el atascamiento posible de los enemigos atacantes; cuando ocurrían grandes crecidas, los neolíticos abandonarían la vivienda en algunos poblados que presentan esas circunstancias, para volver a instalarse en ellos una vez retiradas las aguas. Así se explicaría el depósito de la capa arqueológica cuando el suelo estaba tan sólo fangoso, y la superposición del limo indicaría la avenida consiguiente.

(1) Hans Reinerth, «Jungere Steinzeit», pág. 72.

(2) Paul Vouga, «Les stations lacustres du lac de Neuchâtel», en *L'Anthropologie*, 1923, pág. 49.

(3) La denominación del «fumier lacustre» tiene difícil equivalencia castellana si se atiende a la composición material que designa, como verá el lector por las repetidas definiciones que incidentalmente se hacen en el texto. La voz «estiércol» responde a idea de excrementos animales, «basura» encierra un sentido de suciedad, «escoria» suena a desperdicio metalúrgico, «fimo» a inmundias orgánicas, no encajando ninguna de todas estas palabras en la versión exacta de aquel significado. Por eso, en tanto se encuentra otra solución mejor, me he permitido adoptar el término «fimo», que por tener idéntico valor etimológico y por ser voz casi en desuso, sólo conserva un vago significado original, lo cual facilita innovar sin violencia su acepción afín dándole un contenido moderno y preciso, como requiere el caso.

Los contradictores de esta hipótesis aseguran que tales estaciones no han podido ser levantadas sino dentro del agua y a una cierta distancia de la orilla, fundándose en que las estacas aparecen siempre hincadas en aquel fondo del lodo que es propio del lago, y que el estrato arqueológico reposa directamente sobre él.

En su monografía *Stations lacustres ou bourgades terrestres* (Genève, 1929), P. Vouga ha resumido con gran ecuanimidad el debate señalando indistintamente los puntos flojos de su propia argumentación y los de la opuesta.

Las razones aducidas por el botánico W. Rytz, por los zoólogos J. Favre y Th. Delachaux y por los prehistoriadores Th. Ischer y O. Tschumi, aparte de las ya expuestas, se fundan en que el fimo lacustre, compuesto por una mezcla de leñas, carbón, desperdicios de cocina o de forrajes, de provisiones generalmente carbonizadas, de despojos no carbonizados de plantas o de animales, como petitas, huesos de fruta, fragmentos óseos, etc., no podían haberse conservado sino bajo una capa de agua constante que ha evitado su descomposición. También, que la fauna es exclusivamente lacustre y no ofrece ninguna especie terrestre, singularmente ninguna hormiga. Asimismo, se arguye que el entramado de los pilotes supone la necesidad de asegurar su resistencia a los embates del agua, y otro tanto puede deducirse de la existencia de los hormazos y chapados rompeolas.

Vouga, sin dejar de reconocer el valor científico de estos argumentos, indica la particularidad de que sólo en estaciones neolíticas exista la capa arqueológica del fimo lacustre, cosa que no ocurre en las estaciones del Bronce; el que aquél aparezca estriado por vetas de arena de espesor variado, y sobre todo, que los niveles resulten formados por estratos alternos de arena y de fimo, bastante regular en el nivel superior, pero de una incoherencia inextricable en el nivel inferior. «¿Cómo explicar estas infiltraciones arenosas?... ¿Se concibe una tempestad o temporal que acarree una capa de arena de diez centímetros sobre residuos o despojos flotantes?... ¿Qué decir de esto?... Sino que la ocupación era alternativamente lacustre y terrestre, siguiendo las fluctuaciones del lago», dice Vouga. Y en cuanto al fijado de los pilotes, hace observar que los que correspondían al poblado eneolítico del Auvernier estaban hincados en el fimo lacustre de sus predecesores inmediatos y no en el fondo natural del lago. Citando el caso de la estación de Concise, edificada sobre un islote sujeto a inmersiones temporales, y suponiendo que allí se depositaba el fimo lacustre como en las estaciones anteriores al metal durante los períodos de emergencia, deduce la posibilidad de que

estas últimas hayan sido sistemáticamente establecidas sobre islotes lo bastante elevados para quedar aislados de tierra firme aun con aguas bajas, lo cual ha hecho imposible el acceso a ellos de la pequeña fauna, singularmente de las hormigas.

Vouga se pregunta finalmente: «¿Cómo se explican asimismo las alternativas de arena y de fimo, y sobre todo, cómo esos dos elementos no se funden allí nunca, depositándose la arena no sobre los restos flotantes, sino sobre un suelo relativamente aplomado o, mejor, aglutinado por la humedad? ¿Se explica igualmente por qué los establecimientos de la Edad del Cobre que sucedieron sin hiatus a los del neolítico reciente, reposen en su mayoría sobre el fimo de sus antecesores, cuando ese nuevo período coincide con los comienzos de la sequía que caracteriza los tiempos de la Edad del Bronce? ¿Se explica, en fin, por qué las estaciones del Bronce no han dejado fimo (excepto cuando se levantaban sobre islotes), siendo así que estaban edificadas en plenas bahías, natural o artificialmente protegidas contra el oleaje?»

El mero enunciado de estos dudosos aspectos de la arqueología lacustre suiza, sugiere su estrecho paralelismo con los que presenta el similar yacimiento de la Ereta. En el resumen que sigue se intenta compendiar el cuadro de características propio de este palafito español y sus rasgos comparables con los antecedentes expuestos, para lo cual se añaden datos omitidos hasta aquí en evitación de repeticiones inútiles.

1.º El yacimiento de la Ereta del Pedregal se halla situado dentro del antiguo lago que fué la Marjal de Navarrés, según demuestra la observación directa de la localidad y el carácter particularmente lacustre de las especies *Melanopsis tricarinata* y *Neritina Theodoxus fluviatilis*, encontradas en las referidas calicatas, cuya identificación se debe al competente naturalista Sr. Vidal y López. Su separación de la orilla concuerda con la de las estaciones neolíticas suizas y se aparta de la de las típicas del Bronce, siempre adentradas centenares de metros en los lagos. Incluso podría señalarse esa analogía por la depresión o foso apreciable entre la estación y la tierra firme, depresión normalmente sumergida, en tanto la estación emerge completamente, según indica Vouga que puede observarse en uno de los lados de todo emplazamiento neolítico.

2.º Como en éstos, en la Ereta también parece reconocerse la existencia de *steinbergers* y se encuentra bien patente el tan debatido amontonamiento de tierras y detritus en capas mezcladas de fimo y arrastres arenosos. A mi modesto juicio, la explicación de estos altozanos podría encontrarse, según ya he expuesto, por un proceso

en parte artificial, en parte natural. Ello justificaría la ausencia de postes o pilotes que no han aparecido aquí, ni en el examen externo ni en las calicatas (aunque esto no excluye posteriores hallazgos), pues quizá se emplearon sólo en las más primitivas instalaciones, y posteriormente dejaron de usarse dada la posibilidad de utilizar la cumbre emergente del montículo formado por las materias arrojadas al agua y el sedimento de las avenidas, cubriendo aquélla de piedra al estilo de los «crannoges» irlandeses o formando un piso de troncos unidos por travesaños, como apareció en el palafito descubierto sobre las turberas del antiguo lago suizo de Wauwil. La objeción de que sólo permaneciendo protegidos bajo el agua es posible que se conserven los objetos de los vertederos palafíticos, está desmentida por el caso de las terramaras italianas, en las que también, no más que las tierras húmedas, han conservado perfectamente todos los pequeños objetos y restos encerrados en ellas.

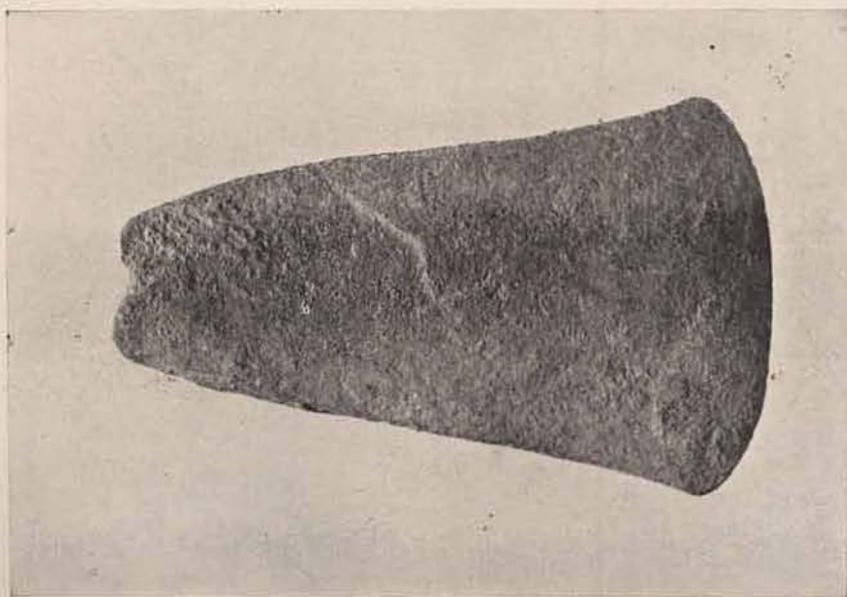
3.º Si bien sería aventurado trazar la estratigrafía del yacimiento por las sencillas calicatas aquí descritas, no obstante que en ellas se advierten las indiscutibles capas del fimo lacustre de distintas ocupaciones, puede asegurarse que la Ereta presenta la sucesión de las fases de la cultura neolítica antigua, media, reciente y eneolítica, con la misma tipología que en los palafitos suizos, según se comprueba por la identificación de los materiales recogidos.



A

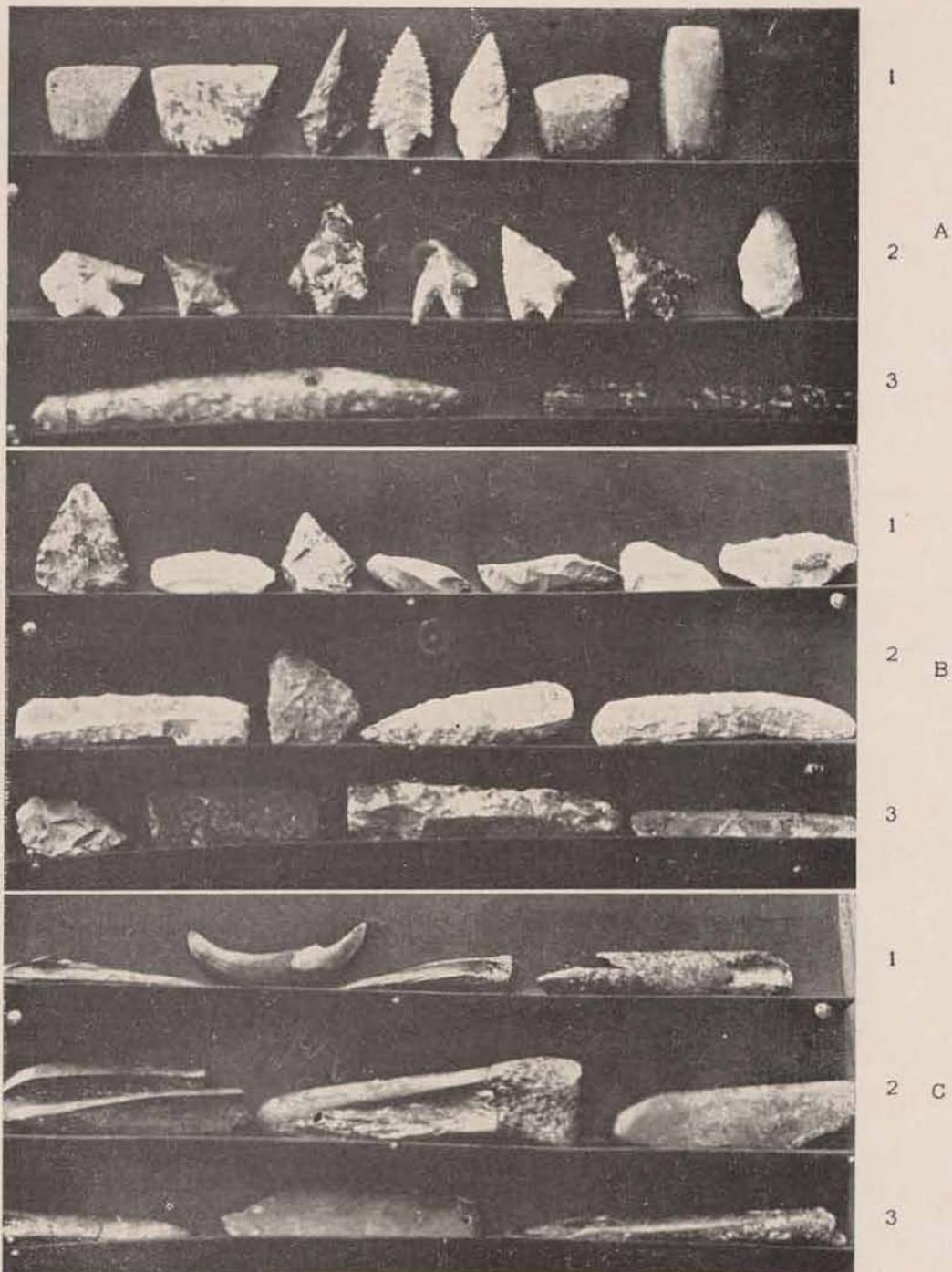


B



C

A y B: Vistas del bancal de la Ereta y del fondo de la hoyada.—C: Hacha de cobre, hallazgo superficial en la Marjal de Navarrés



Material diverso de las primeras exploraciones en la Marjal de Navarrés